

SOBRE LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA CON NIÑOS Y SU ARTICULACIÓN CON LA TEORÍA FREUDIANA

Lic. Beatriz Janin

Hablar de la articulación teoría práctica en psicoanálisis de niños, implica partir de la necesidad de esta articulación, de que toda práctica responde a una teoría a la que, cuando se es consecuente, enriquece.

El psicoanálisis de niños plantea ciertos interrogantes y ciertos problemas específicos. Comenzaré a enunciarlos, para ir formulando algunas reflexiones e intentos de respuesta, seguramente provisionarios, para seguir pensando.

Mientras que en adultos está más claramente explícita la técnica psicoanalítica, cuando nos encontramos con un niño con problemas que suponemos psíquicos, es frecuente tener la sensación de que: "hacemos lo que podemos". Un hacer en que se combinan intuiciones, diferentes marcos teóricos, recursos técnicos tomados de diversos modelos y hasta de diferentes disciplinas.

La técnica de la asociación libre y de la interpretación verbal parecen ser insuficientes.

A la vez, ya el hablar de psicoanálisis de niños supone el recorte de un campo y de un objetivo específicos. Campo y objeto a definir. Definición que incidirá en el abordaje del material clínico. Es decir, lo que hagamos frente a un motivo de consulta, cómo abordemos la problemática, diferirá según la teoría psicoanalítica que sostengamos.

Pienso que Freud dió las vías para construir, también en niños, una práctica coherente. Así, en las Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis, dice: "Ha resultado, en efecto, que el niño es un objeto muy favorable para la terapia analítica; los resultados son fundamentales y permanentes. Claro está que ha sido necesario modificar la técnica creada para el análisis de adultos. El niño es, psicológicamente, distinto del adulto; no posee todavía un Superyó; en su análisis, el método de la asociación libre resulta insuficiente, y la transferencia desempeña un papel completamente distinto, ya que el padre y la madre reales existen todavía al lado del sujeto. Las resistencias internas que combatimos en el adulto quedan sustituidas en el niño por dificultades externas. Cuando los padres se hacen sustratos de la resistencia suelen poner en peligro el análisis e incluso el desarrollo del mismo, por lo cual se hace, a veces, necesario enlazar al análisis del niño cierta influencia analítica de los padres."

Vemos que la argumentación que da Freud para las modificaciones técnicas es metapsicológica: el niño es, psicológicamente, distinto del adulto; no posee todavía un superyó. Considero que es a

partir de definiciones metapsicológicas de ese psiquismo en constitución, que podremos crear y sustentar una técnica acorde.

Lo que sigue es un intento de desarrollo en este sentido.

Nos consultan por un niño . ¿Quiénes? Adultos. Escuchamos lo que nos dicen , la historia que relatan (de ellos y del niño) , registramos sus lapsus, sus titubeos, sus contradicciones . Nos hablan de un niño y de ellos al mismo tiempo. Sabemos que sus palabras son producto de un complejo funcionamiento en que todas las instancias psíquicas están en juego. Cuando esos mismos adultos nos traen al niño, ¿frente a quién estamos? Lo escuchamos, lo observamos. ¿Sabe para qué viene? , ¿Quién soy?. Su lenguaje, ¿es producto del funcionamiento de...? Su juego, ¿de qué estructura es efecto?

Hablar de niños en psicoanálisis es hablar de constitución, de desarrollo. Remite a la sexualidad infantil, a las primeras inscripciones y al acceso a la cultura, a los destinos pulsionales previos a la represión primaria y al Complejo de Edipo con su estructuración diferente en niñas y varones. Freud, con el descubrimiento de la sexualidad infantil, rompe con la noción de niño como emblema de ingenuidad y pureza; con la conceptualización del aparato psíquico, define una estructuración signada por vivencias en las que los otros que realizan la acción específica, de los que el niño depende, son fundamentales.

Entonces ,ni ingenuidad pasiva ni adulto en miniatura , la primer pregunta que deberíamos hacernos para saber frente a quién estamos y cómo operar, sería: ¿Qué es un niño para el psicoanálisis? Y la primer respuesta: Un aparato psíquico en construcción. ¿Qué implica esto?

En principio, supone que el aparato psíquico no está constituido de entrada. Ese organismo que tiende a descartar cualquier estímulo es marcado por vivencias de satisfacción que dejan rastros, huellas que de ahí en más motorizan el aparato. Son inscripciones por simultaneidad que exigen un trabajo al servicio del principio del placer.

El cuerpo va siendo erotizado, se abren surcos, zonas privilegiadas del placer. Hay un ritmo que se va construyendo a través de los cuidados maternos, en esa intrincación entre la necesidad y la caricia del otro. Las zonas erógenas funcionan en forma independiente unas de otras. La alucinación primitiva , primer movimiento psíquico, señala la eficacia de estas huellas. ¿A quién hablar, en este universo de ritmos , en que las palabras son ruido? Y si los recorridos de deseos se van conformando en la relación con los padres, es en ellos en quienes encontraremos los determinantes inconcientes.

Por identificación primaria se constituye un Yo (el Yo de placer purificado) que, regido por el principio de placer, no se diferencia claramente del funcionamiento pulsional, si bien implica un primer grado de organización de las sensaciones corporales. El Yo es aquí agente de la pulsión. El

"amor" es incorporación de lo placentero. Lo displacentero es arrojado fuera de sí, en un movimiento en que un mundo exterior, hostil, se va constituyendo. Pero el hambre no puede ni satisfacerse alucinatoriamente ni ser desconocido. Así las pulsiones de autoconservación, junto con aquellas que siendo sexuales no se satisfacen autoeróticamente, demandan un objeto y se constituyen en esos movimientos-destinos pulsionales que son la vuelta sobre sí mismo y el trastorno hacia lo contrario, obstaculizan el funcionamiento de este Yo producto de la sensación, organización de huellas mnémicas. Decimos que se constituye por identificación primaria. Es decir, hay desconocimiento del otro. Pero está posibilitado por otros. El que este universo regido por el placer-displacer se abra al juicio de existencia, supone que las pulsiones antes mencionadas, así como sus destinos, pueden empezar a recortar un objeto como existente más allá del placer y el displacer. Y son también los adultos los que, a través de actos cotidianos producto de un funcionamiento a predominio del principio de realidad, inciden en esa apertura. ¿Es posible entonces operar sobre esa estructura, cuando no hay salida del Yo del placer purificado, sólo desde el niño?

Las palabras, que en un principio fueron ruidos y son tratadas como cosas, se inscriben como esbozos de representaciones preconcientes. Ello y Yo comienzan a diferenciarse más nítidamente. Aparece el juego imitativo, el pensamiento cinético, es decir, aquél que recuerda a través de la acción. Punto importante a tener en cuenta cuando observamos los movimientos de un niño. Memoria motriz, tiempo del juego como alucinación motora, rápido pasaje del deseo a la acción, ¿es posible interpretar cuando los deseos no han sido reprimidos? ¿o lo que hacemos es prestar palabras a ese accionar?

A partir del predominio de una nueva zona erógena (la anal) se reorganizan las inscripciones, cuyo enlace es ahora por analogía y causalidad primaria. En el camino de fracturas del cerramiento narcisista, el control de esfínteres es efecto de la posibilidad inhibitoria del Yo y de su mayor dominio motor. Dominar, ser dominado, dominarse, son pruebas de poder de un Yo que está más recortado del Ello y que puede inhibir el devenir pulsional por amor a los padres y por temor a su castigo. Mirar, ser mirado, mirarse, son modos de obtención de un placer que luego será trastocado en displacer. Pero aún son los padres los que ponen los límites a la satisfacción pulsional, de acuerdo a lo que posibilita su propia estructura. Acción y palabras entrelazadas; límites externos a los deseos, un Yo que es un "Yo quiero", ¿en qué estructura hacer conciente lo inconciente? En tanto las vicisitudes pulsionales previas a la represión primaria (la vuelta contra sí mismo y la transformación en lo contrario) son vueltas de la actividad a la pasividad y cambio de objeto, están en gran medida determinadas por las respuestas de los otros. La fijación a uno de los polos que impediría el libre devenir pulsional acarrearía perturbaciones. Pero como son los padres los que

ponen límite a los deseos, de acuerdo a su propio sistema de normas e ideales, son ellos los que posibilitarán una operación psicoanalítica.

En esta etapa, el pensamiento es mágico y animista. La repetición aparece tanto como un intento de ligar lo traumático (por inelaborable), como siendo un reencuentro placentero con lo idéntico. Elaboración de aquello que rompió barreras, careciendo de palabras ligadas entre sí. Posibilidad de los adultos de otorgar sentido, dando palabras a lo imprevisto. En Totem y Tabú, Freud dice: "Juego y representación imitativa bastan al niño y al primitivo por el exagerado valor que le atribuyen a su deseo, a la voluntad que de él depende y a los caminos que han emprendido". Y después: "En la fase animista del pensamiento no existe aún ocasión de evidenciar objetivamente la situación real, cosa que se hace ya posible en fases ulteriores, en las que continúan practicándose los mismos procedimientos, pero comienza a surgir el fenómeno psíquico de la duda, como manifestación de una tendencia a la represión." Subrayo lo de tendencia a la represión, que marca el pasaje a la etapa fálica.

Las representaciones se reorganizan según nuevas categorías, fundamentalmente la de presencia- ausencia (del pene). La oposición actividad-pasividad pasa a fundirse en falico-castrado. El tipo de pensamiento sigue siendo animista. Las explicaciones que se dan a las incógnitas que les plantea la realidad recorren las vías de los deseos y las vivencias. Las teorías sexuales infantiles son una muestra de ello, al mismo tiempo que denuncian una mayor organización del pensamiento.

El Yo lucha por mantener su lábil coherencia desmintiendo de la realidad, de las diferencias sexuales. Cuando ésto se torna obstáculo para el desarrollo de la curiosidad sexual, e impide la constitución de la pulsión de saber, ¿es posible modificar esta estructura sólo desde el niño? Ataque al narcisismo, la castración sólo podrá ser aceptada si lo visto se liga con lo oído, dando lugar a una nueva estructuración.

Así, cuando el complejo de castración se instala, la represión primaria comienza a mostrar sus efectos, aunque su labor culminará más tarde. Aparecen los primeros indicios de la unificación de las pulsiones parciales, cuando el conjunto de aspiraciones se dirigen hacia una persona única, en la elección de objeto incestuoso. Amor y odio se distancian, mientras que las organizaciones anteriores se caracterizan por la ambivalencia. Las primeras represiones de mociones pulsionales pueden provocar ataques de angustia, en tanto el Yo debe expulsar fuera de sí los deseos incestuosos que aparecen como contradictorios y peligrosos, y que amenazan desorganizarlo. (En el análisis de Juanito podemos ver ejemplos de estas represiones tempranas, así como del efecto de su culminación con la amnesia infantil).

Represiones tempranas y excesivas, desmentida de la diferencia sexual junto a un pensamiento más estructurado, fantasías, juego dramático ... ¿Hay ya un aparato psíquico que posibilite un

psicoanálisis? En plena neurosis infantil, cuando la represión de los deseos incestuosos es temprana y excesiva, el quehacer del analista ¿tendrá que ver con darle palabras a aquello que nunca las tuvo? ¿Y, al mismo tiempo, analizar en los padres la reactualización de sus propios deseos edípi-cos?

Con el naufragio del Complejo de Edipo, la represión primaria culmina, el SUPERYÓ se instaaura, el YO se constituye como YO de realidad definitivo. Pero la latencia no es homogénea, y los padres de la infancia, cuyos rasgos han sido internalizados, siguen operando como figuras reales.

Este desarrollo, historia de estructuraciones y reestructuraciones, nos muestra en principio, que un niño supone un tipo de organización y que sus actos y sentimientos no pueden ser interpretados conforme a nuestras propias constelaciones psíquicas.

Es que si previo a la represión primaria no podemos encontrar síntomas que sean efecto de una vuelta a lo reprimido, si el proceso secundario y el Prcc. como sistema no se han estabilizado, si las asociaciones que rigen el pensamiento son por analogía y por contigüidad, tenemos que formularnos un abordaje específico.

Empecemos a plantearnos vías de respuesta.

En la infancia podemos encontrar fijaciones, regresiones, dificultades en la salida del YO de placer purificado y en la constitución del proceso secundario, excesiva compulsión a la repetición ...

Cuando nos traen a un niño con trastornos, son los adultos los que nos explican el motivo de consulta, nos cuentan la historia del niño, hablan ... Yo, ELLO y SUPERYÓ producen su discurso. Ya planteé en otro trabajo y lo reitero, que es en Ellos donde podemos encontrar los deseos reprimidos, las formaciones sintomáticas, las prohibiciones superYoicas y los ideales. Esos otros que libidinizan, determinan fijaciones y marcan límites, transfieren sobre el analista perso-najes de su historia, repitiendo, muchas veces, lo que hacen con el niño. Transferencia y resistencia de los padres. Las entrevistas con ellos serán imprescindibles y, hasta que comienza a instaurarse el proceso represivo, suficientes. Es con palabras que incidiremos, haciendo concientes las determinaciones inconscientes, y posibilitando un vínculo diferente con el hijo.

Es indudable que ellos actúan cotidianamente sobre él y que sus acciones, gestos, y palabras producen efectos sobre el infante. ¿Cómo se producen estos efectos?

Dijimos antes que a partir de la vivencia de satisfacción hay inscripciones en el aparato que van forjando caminos. Si son representaciones representativas de la pulsión las que exigen un esfuerzo (y no fuerzas ignotas), si la compulsión a la repetición está operando, si hay ya un funcionamiento psíquico en juego, los otros (no vividos en principio como otros) van conformando ese psiquismo que, en la misma medida se va conformando, va teniendo mayores posibilidades de filtrar los estímulos del medio. Son aparatos psíquicos los que operan sobre una

constitución que no posee aún las categorías para ligar la excitación que viene de un adentro-afuera. La sexualidad lo sacude desde el exterior, pero al inscribirse (como olor,sabor, etc.) pasa a ser urgencia interna. Luego, es por amor a otros, por sometimiento a la voluntad de un otro, que el Yo incipiente diferenciado del Ello, va renunciando a la satisfacción de ciertos deseos. El amor excesivo, o el rechazo, lanzan al infante ya sea a la fijación libidinal incestuosa, ya sea al refugio autoerótico.

A través del tratamiento de los padres se posibilitan desfijaciones en el hijo, en la medida en que estas están determinadas por deseos y prohibiciones paternas (inconscientes). La apertura del narcisismo será posibilitada por modificaciones en la estructura narcisista de los padres, y la compulsión a la repetición cederá dando lugar a nuevas adquisiciones, en tanto aquellos puedan ligar, resignificando, el accionar del hijo. La constitución del Yo y del Superyó estará dada por identificaciones con las primeras figuras.

Transmisión de padres a hijos que se da a través de deseos y normas preconscientes, de la comunicación de inconsciente a inconsciente, del contagio afectivo, y de múltiples recorridos en que las representaciones concientes, preconscientes e inconscientes de unos determinan vías de desarrollo en el otro.

Entonces, si los padres son causa, pero no lineal sino compleja y sobredeterminada, no nos podremos plantear un trabajo que apunte sólo a modificaciones concientes, a través de consejos e indicaciones, sino que deberemos precisar la estructura psíquica en juego, para operar psicoanalíticamente.

Y vuelvo a plantear interrogantes: ¿Qué implica tratar psicoanalíticamente a un niño? ¿Cómo incidir en una historia que será pre-historia? ¿Cómo operar sobre un devenir que está determinado por las inscripciones previas pero que se va determinando desde los adultos?

Dije al principio que la técnica de la asociación libre y la interpretación verbal parecen ser insuficientes.

Palabras, movimientos, juego, dibujo, modelado, son modos de expresión del niño, no idénticas a la asociación libre. Desde el analista, ¿interpretar, verbalizar, accionar? ¿qué determinará sus intervenciones?

¿Que elementos tomar en cuenta para una acción terapéutica? Enumeraré algunos.

1º: El grado de constitución del Yo como diferenciado del Ello, su capacidad inhibitoria; la organización que supone; el que se instituya como Yo corporal y que sea reducto de identificaciones primarias.

- 2º: El tipo de pensamiento predominante. El que prevalezca la imagen, que las palabras sean tratadas como cosas, que los esbozos de representaciones preconcientes sean fundamentalmente cinéticas. (Recordar en acciones que se expresará en el juego).
- 3º: La no percepción de procesos internos (salvo los de placer y displacer) hasta el establecimiento de un lenguaje abstracto, con relaciones formales, por enlace de los restos sensoriales de las representaciones verbales a procesos internos. La ausencia de conciencia de sí (como conciencia secundaria).
- 4º: Los modos de defensa contra las pulsiones previas a la culminación de la represión primaria: el arrojar fuera de sí, la proyección, la transformación actividad-pasividad, la vuelta contra si mismo, la desmentida y las represiones tempranas. El predominio de alguna de estas defensas implica un tipo particular de estructuración.
- 5º: El valor psíquico de los deseos sobre la realidad. El funcionamiento a predominio del principio de placer. Un pensamiento regido por la magia y la omnipotencia de las ideas. El desconocimiento de la causalidad secundaria, y de los conceptos abstractos de tiempo y espacio.
- 6º: El tipo de enlace entre las representaciones: por simultaneidad, contigüidad, analogía o causalidad primaria.
- 7º: Las identificaciones primarias y/o secundarias.

Estos son sólo algunos de los puntos que considero habría que tener en cuenta desde la teoría psicoanalítica freudiana para construir una práctica coherente.

Podríamos agregar que en los niños no hay establecimiento de una neurosis de transferencia, como reedición de una neurosis infantil, sino que es ésta la que está en desarrollo. Puede haber transferencia entendida en su sentido amplio, es decir como desplazamiento de valor.

A la vez, el juego, modo de expresión privilegiado del niño, en que satisfacción pulsional directa y compulsión a la repetición se entrelazan, no es equivalente a la asociación libre, efecto del levantamiento de la segunda censura de un aparato psíquico constituido. Es más, se pueden precisar diversos tipos de juegos, efecto de diferentes grados de organización psíquica. Ejercitación corporal autoerótica, alucinación motora, trastocamiento de pasividad en actividad, recreación de las impresiones de la vida, abreaccionando su intensidad, el juego, en la situación específica del tratamiento, debe ser conceptualizado en relación al grado de estructuración del aparato psíquico.

Las intervenciones del terapeuta incluirán palabras y acciones. ¿Interpretar, verbalizar, accionar?. Las intervenciones verbales deberán ajustarse al tipo de pensamiento antes descrito y la interpretación sólo tendrá efecto cuando la represión esté en juego.

Pienso que han quedado muchas preguntas sin respuesta. Dije al principio que éste era sólo un intento de delimitación de problemas y de reflexiones para seguir pensando y creo que es a partir de los puntos antes mencionados que podremos encontrar las respuestas.

Y fundamentar un quehacer que posibilite el desarrollo psíquico destrabando aquello que, en el niño y en sus padres, lo coarta.

Lic. Beatriz Janin

Octubre de 1981